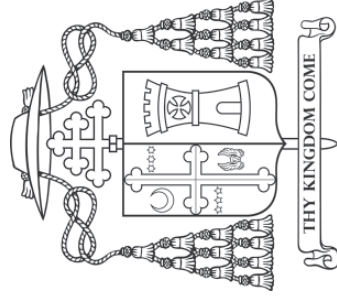


# PERTENECIENDO A LA FAMILIA DE DIOS



Carta Pastoral  
para los  
Sacerdotes, Religiosos y Laicos  
de la  
Arquidiócesis de Washington

POR  
MONS. DONALD W. WUERL, S.T.D.  
ARZOBISPO DE WASHINGTON

*Gracia y paz para todos ustedes en Cristo.*

## **Introducción**

“Sabe, padre, yo debería ser Católico. Yo sencillamente me alejé. Me hace falta pertenecer”. El hombre que ofreció esta auto-evaluación, recién se me había acercado en una recepción de caridad, y claramente estaba un poco incómodo acerca de su “confesión”. Más tarde, en la conversación, él admitió que “a pesar de que yo nunca fui el mejor de los católicos, echo de menos el ser parte de todo ello”.

Muchos de nosotros probablemente conocemos a alguien como él, aquellos que simplemente se han alejado o sienten que tienen una buena razón para alejarse. Cualquiera que hayan sido sus motivos para irse, es tiempo de que los invitemos a volver a casa.

Mientras nos preparamos para la Pascua, y reflexionamos sobre lo que nuestra fe significa para nosotros, la Cuaresma es el momento de invitar a otros que no asisten a la Misa, a reincorporarse a nuestra familia en la Iglesia. En esta Cuaresma, vamos a hacer un esfuerzo especial, a través de toda la Arquidiócesis, para decirle a nuestra familia, a nuestros amigos, y a nuestros vecinos que no están asistiendo a Misa: “Los echamos de menos. Ustedes solían estar en Misa con nosotros los domingos. Los invitamos a regresar a su casa – su hogar espiritual.”

## **Cristo nos habla como amigos**

¿Por qué es tan importante hacer esto? Tal vez el punto de partida para nuestra reflexión y nuestra invitación sean las palabras que aparecen en el documento Sobre la Divina Revelación, del Concilio Vaticano Segundo. Allí se nos

recuerda que “el Dios invisible (ver Col 1, 15; 1 Tim 1, 17), movido por el amor, habla a los hombres como amigos (ver Éx 33, 11; Jn 15, 14-15) trata con ellos y vive entre ellos (ver Ba 3, 38), para invitarlos y recibirlos en su compañía” (*Sobre la Divina Revelación*, 2).

Dios quiere nuestra amistad. Él nos ofrece la suya. El amor de Dios por nosotros es tan fuerte que decidió venir entre nosotros, estar con nosotros, y no dejarnos nunca más. La Palabra Eterna de Dios, que es una con Dios, escogió adoptar la carne humana, nuestra naturaleza humana, y convertirse en uno de nosotros. La Cuaresma es acerca de por qué él escogió hacer esto: mostrar la increíble profundidad del amor de Dios por cada uno de nosotros, un amor tan profundo que llevaría a Cristo a la cruz y a nosotros a los pies de la cruz.

Jesús entregó su vida libremente para salvarnos y para convertirnos en hijos adoptados. San Pablo escribe tan brillantemente en su carta a los Gálatas: “Pero cuando llegó la plenitud de los tiempos, Dios envió a su hijo, que nació de mujer, y fue sometido a la ley, con el fin de rescatar a los que estaban bajo la ley, para que así recibiéramos nuestros derechos como hijos. Ustedes ahora son hijos, y como son hijos, Dios ha mandado a nuestros corazones el Espíritu de su propio hijo que clama al Padre: ¡Abba!, o sea ¡Padre!. De modo que ya no eres esclavo, sino hijo, y siendo hijo, Dios te da la herencia” (Gál 4, 4-7). Jesús dio su vida como rescate por nosotros. Es por esa razón que nosotros reconocemos que Jesús es el único mediador entre Dios y el hombre, en la Iglesia que él estableció.

Dios ofrece su amistad a través de su Palabra, la palabra que se hizo carne, Jesucristo, para poder entrar en una conversación de corazón a corazón con nosotros. El Papa Benedicto XVI, en su encíclica *Dios es Amor* nos recuerda lo

que realmente está en el centro de nuestra decisión de ser un seguidor de Cristo: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética, o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva. En su Evangelio, San Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: ‘Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en él tengan vida eterna’ (Jn 3, 16)” (*Dios es Amor*, 1).

## **La Iglesia es nuestra familia**

La idea de invitar a otros para que se nos unan en la Misa, para que regresen a casa, a Cristo, para que pertenezcan de nuevo a la familia de Dios, nos hace a todos más conscientes del papel de la Iglesia en el plan de Dios. También nos hace a todos más conscientes de la continua presencia de Jesús en la Iglesia que él estableció, llenando el vacío entre Dios y la raza humana, de modo que su misión pudiera seguir adelante. Después de todo, el trabajo de la redención no terminó cuando Jesús retornó en gloria a su Padre, sino que continúa hoy y hasta el último día: “Yo estoy con ustedes todos los días hasta el fin de la historia” (Mt 28, 20).

¿En dónde continúa hoy la conversación con Dios? La casa para este diálogo es la Iglesia. Es allí donde nosotros continuamos escuchando la Palabra de Dios y donde encontramos a Cristo en una forma muy real y tangible, al recibir su Cuerpo y su Sangre en la Eucaristía. En la Iglesia encontramos una continuidad no interrumpida con la experiencia y la enseñanza de los Apóstoles, lo que verifica y autentica nuestra propia fe personal. A través de la Iglesia nosotros llegamos a encontrar al Señor vivo, no solamente como una realidad histórica, sino también como una persona viva, sacramentalmente presente para nosotros como hermano y Salvador.

soy la vid y ustedes los sarmientos” (Jn 15, 5). La vid y los sarmientos son una realidad viviente. Lo mismo ocurre con Cristo y su Iglesia.

En cada una de las etapas de nuestra vida la Iglesia nos ofrece un encuentro con Cristo en una forma que le da significado, y al mismo tiempo, hace realidad el contacto personal con el Señor. La palabra “sacramento” se refiere a las siete acciones de gracia instituidas por Cristo para completar su actividad de dar nueva vida. Los sacramentos como el bautismo, la Eucaristía, la reconciliación y el matrimonio son los aspectos más visibles de la Iglesia Católica.

### **En la Fracción del Pan**

Un sacramento es un tipo de símbolo o signo muy especial. Lo que lo hace único es que no solamente nos dirige hacia lo que está más allá de él, sino que en verdad hace realidad lo que él simboliza. En el sacramento del bautismo, por ejemplo, el agua simboliza la limpieza del pecado y la restauración de una nueva vida, muriendo con Cristo levantándose con él para compartir en su resurrección. Al mismo tiempo el sacramento comienza también a realizar lo que él expresa. Debido a que los sacramentos logran hacer realidad lo que simbolizan, ellos son signos muy diferentes a cualquier otro. Ellos nos ponen en contacto con Dios en tal forma que la gracia nos alcanza. Los sacramentos son signos santos.

En el sacramento de la Eucaristía la misma muerte y resurrección de Cristo se presenta nuevamente para nosotros en una forma que nos permite entrar en el misterio de la salvación. Es por esta razón que se dice que el sacramento “re-presenta” el Misterio Pascual. Es la fe de la Iglesia que cada vez que se celebra la Eucaristía, y el sacerdote consagra el pan y el vino transformándolos en el Cuerpo y la Sangre de Cristo, el santo sacrificio de la muerte de Cristo en la cruz

Así como la salvación y la gracia vienen hacia nosotros a través de Jesús, ellas siguen alcanzándonos a través de su Iglesia. Esa es la razón por la que Cristo fundó su Iglesia. Nosotros nos relacionamos con Dios no solamente como individuos, sino también como miembros de su familia unida con Cristo. Es a través de Cristo, quien está presente y manifiesto en su Iglesia, que nosotros nos acercamos a Dios. La mediación de Jesús continúa en la visible comunión que nosotros identificamos como la Iglesia una, santa, católica y apostólica.

Esto es muy diferente de aquellos que aceptan únicamente la fe personal como el medio de salvación. Ser católico es reconocer el papel de la Iglesia, no como incidental o secundario para la salvación, sino como el verdadero medio creado y entregado a nosotros por Jesús, de modo que su trabajo, completado en su muerte y resurrección, pueda ser re-presentado nuevamente en nuestros días y aplicado a nosotros.

### **Cristo y la Iglesia**

Jesús no dudó en identificarse a sí mismo con su Iglesia. Cuando envió a sus discípulos a predicar en su nombre, les dijo: “Quien les escucha a ustedes, me escucha a mí; quien les rechaza a ustedes, me rechaza a mí” (Lc 10, 16). Para aquellos que hicieron obras de caridad con sus hermanos más pequeños él proclamó: “Cuando lo hicieron con alguno de los más pequeños de estos mis hermanos, me lo hicieron a mí” (Mt 25, 40). A San Pablo, quien había estado persiguiendo vigorosamente a la Iglesia antes de su propia conversión, Cristo le preguntó: “¿Por qué me persigues? ... Yo soy Jesús, a quien tú persigues” (Hch 9, 4-5). En la Última Cena él habló de la intensa unidad que lo hace uno con aquellos que están unidos a él por el amor y la fe: “Yo

y su resurrección a una nueva vida son re-presentados para nosotros en una forma sacramental pero real, de tal forma que nosotros participamos ahora en su sagrada acción.

En su última encíclica sobre la Eucaristía, antes de su muerte, el Papa Juan Pablo II destacó para nosotros esta misma realidad: "Cuando la Iglesia celebra la Eucaristía, el memorial de la muerte y resurrección de nuestro Señor, este evento central de la salvación se hace realmente presente y 'se realiza la obra de nuestra redención'" (*Iglesia de Eucaristía*, 11).

Nuestro Santo Padre, el Papa Benedicto XVI, en Dioses Amor, nos recuerda de nuevo este importante hecho de nuestra fe: "Jesús ha perpetuado este acto de entrega mediante la institución de la Eucaristía durante la Última Cena. Ya en aquella hora, Él anticipa su muerte y resurrección, dándose a sí mismo a sus discípulos en el pan y en el vino, su cuerpo y su sangre como nuevo maná (cf. Jn 6, 31-33)." (*Dios es Amor*, 13).

"Yo soy el pan de vida... Yo soy el pan vivo que ha bajado del cielo. El que come de este pan vivirá para siempre. El pan que yo daré es mi carne y lo daré para la vida del mundo" (Jn. 6, 48-51). Lo que Jesús prometió en su ministerio fue completado en la Última Cena, la noche antes de su muerte. "Después tomó pan y, dando gracias, lo partió y se lo dio a sus discípulos diciendo: 'Esto es mi cuerpo, que es entregado por ustedes. Hagan esto en memoria mía... Esta copa es la alianza nueva sellada con mi sangre que será derramada por ustedes'" (Lc 22, 19-20).

### **Ser uno con Cristo es ser uno con la Iglesia**

Ser católico es reconocer y aceptar este extraordinario misterio de la redención y comprender nuestra parte en él.

Recibir la Santa Comunión es manifestar la propia unidad con la fe de la Iglesia y la solidaridad con su estructura. Nosotros nos acercamos a la mesa del Señor, el altar del sacrificio, con una adhesión viva al misterio que se está desarrollando alrededor de nosotros. La Santa Comunión es un signo de que nosotros somos uno con Cristo y con su Iglesia.

Precisamente porque somos llamados a compartir los preciosos regalos que hemos recibido de Cristo, yo le pido que usted invite para que regrese a la Iglesia a alguien que usted conozca que se haya marchado o alejado de la Iglesia.

### **Todos nosotros anhelamos la misma cosa**

Es posible que durante las próximas semanas usted vea por toda la Arquidiócesis cartelones y letreros que dicen: ¿"Qué es lo que usted anda buscando? Tal vez es a Dios". Estamos colocando esos anuncios por dos razones.

En primer lugar porque queremos recordarnos a nosotros mismos que siempre estamos echando de menos a Dios. Aunque tal vez conozcamos a Cristo y seamos activos en nuestra parroquia nosotros todavía anhelamos una relación más profunda con Dios. San Agustín escribió que nuestros corazones no podrían descansar hasta que descansen en él. Nosotros sabemos esto, y sin embargo, lo olvidamos a menudo. Es bueno para nosotros que nos lo recuerden.

En segundo lugar, nosotros queremos plantearle esta pregunta a todos aquellos que están alejados de la Iglesia: ¿"Qué es lo que tú anhelas"? Incluso si no están activos en la Iglesia, ellos todavía buscan su realización y la paz. A nosotros nos gustaría señalarlos en forma gentil que, al final, es Dios quien los va a satisfacer.

En esa campaña nos gustaría también invitar a la gente para que regrese a Misa y a la comunidad de fe. Pedirle a alguien que regrese a la Iglesia podría parecer desalentador. Sin embargo, Cristo Jesús nos muestra cómo hacerlo.

### **Jesús nos muestra cómo**

Cada uno de nosotros conoce a alguien, y quizá a muchas personas que simplemente se han alejado de la práctica de la fe. Ellos podrían ser miembros de nuestra familia, amigos, vecinos, compañeros de trabajo, gente que nos encontramos regularmente y que se relaciona con nosotros en todo tipo de situaciones. Ser católico es compartir la alegría de nuestra fe con ellos, invitándolos una vez más a reconectarse con su Iglesia y con los sacramentos que dan vida.

En el Evangelio de San Lucas podemos aprender cómo Jesús se acercó a aquellos que tenían fe, pero que se habían descorazonado, se habían desilusionado, confundido o renunciado a seguir. “Aquel mismo día dos discípulos se dirigían a un pueblecito llamado Emaús, que está a unos doce kilómetros de Jerusalén, e iban conversando sobre todo lo que había ocurrido. Mientras conversaban y discutían, Jesús en persona se les acercó y se puso a caminar con ellos, pero algo impedía que sus ojos lo reconocieran.” (Lc 24, 13-17)

¿No suena esto como algunas de nuestras discusiones sobre Dios y la fe con familiares y amigos que se han alejado de la Iglesia? Es usualmente en las actividades ordinarias de nuestras vidas donde el tópico sale a relucir y nos conduce a conversaciones y debates. Sin embargo, como aquellos que caminaban con Jesús en ese pasaje evangélico, nuestros familiares y amigos a menudo luchan por reconocer a Cristo entre ellos.

“Y mientras estaba en la mesa con ellos, tomó el pan, pronunció la bendición, lo partió y se lo dio. En ese momento se les abrieron los ojos y lo reconocieron...” (Lc 24, 30-31)

No fue sino hasta la fracción del pan que aquellos en la historia del evangelio reconocieron a Cristo. Para nosotros y para aquellos que anhelan ver a Cristo plenamente, ellos deben estar con su familia de fe, la Iglesia. Para que esto suceda necesitamos tener una forma de preguntárselos.

### **Una invitación de nosotros dos**

El proceso es muy simple. En cada parroquia de nuestra Arquidiócesis, comenzando el primer Domingo de Cuaresma y continuando a través de esta santa temporada de “volver hacia el Señor”, van a estar disponibles invitaciones para que usted se las lleve después de la Misa. Las invitaciones son de parte de nosotros dos. Se supone que usted se la dará a alguien más. Usted puede decirle a esa persona que yo le pedí que se la entregara. El mensaje es simple. “Si usted se ha alejado, por favor regrese. Usted es una parte importante de nuestra familia y nosotros lo echamos de menos.”

### **Una invitación a la Fracción del Pan**

Qué meta más productiva sería para nosotros, en esta temporada de Cuaresma, invitar a volver a alguien que se ha alejado de la fe, comenzando quizás con aquellos más cercanos a nosotros. Es difícil pensar en una actividad misionera personal más significativa para nosotros, y en un mejor regalo para otro, que animar a alguien a volver a su hogar espiritual.

## Conclusión

Un católico es un seguidor de Cristo. La Iglesia Católica está constituida por aquellos que han puesto su fe en Cristo – una profunda fe personal en que Jesús es el Señor vivo de la historia y nuestro Salvador. “Esta es nuestra fe. Esta es la fe de la Iglesia. Nosotros estamos orgullosos de profesarla en Cristo Jesús nuestro Señor.”

Es con gran esperanza y con gran gratitud que nosotros reclamamos el nombre de católicos. Nuestra esperanza es que nosotros estemos a la altura del maravilloso reto que Jesús coloca frente a nosotros cuando él nos llama a una amistad íntima con él mismo. Nuestra gratitud es por la gracia que Jesús otorga tan libremente a cada uno de nosotros para que permanezcamos fieles al llamado.

Que esta temporada de Cuaresma sea para todos nosotros un tiempo de ferviente esperanza y generoso amor mientras orgullosamente renovamos nuestra fe – la fe de la Iglesia. Que también sea un tiempo de fructífero y cuidadoso acercamiento hacia aquellos a quienes nosotros conocemos y a quienes vamos a invitar a que retomen un puesto en la mesa para compartir suntuosamente el gran amor de Dios.

Fielmente en Cristo,



Arzobispo de Washington

Enero 25, 2009

La Conversión de San Pablo